

DISCURSOS FUNERAL JAIME GUZMÁN, 4 ABRIL DE 1991

JULIO DITTBORN

Yo comprendo vuestro dolor e indignación por la muerte de Jaime Guzmán, pero conocí mucho a Jaime y me atrevo a pedir en nombre de él un aplauso para don Gabriel Valdés Subercaseaux.

A muchos honores se puede legítimamente aspirar en la vida, pero si me preguntan uno al cual quisiera sin duda renunciar, les diría que a este. Despedir a nuestro amigo, a nuestro líder, al mejor de nosotros, al que no olvidaremos jamás: a Jaime Guzmán. Pero el propio Jaime nos inculcó, entre tantos otros principios, uno que él supo encarnar hasta el último minuto de su actividad, en ese trágico lunes primero de abril: tenemos que hacer siempre, con el máximo de energía y rectitud, todo lo que la vida nos pone por delante, nos guste o no, porque no estamos aquí si no para servir a los demás.

Por eso hoy, en representación del dolor y de la esperanza de todos, y muy especialmente de quienes formamos Unión Demócrata Independiente, trato de cumplir con Jaime uno de los más importantes deberes de piedad: honrar su memoria ante los hombres. Ayúdenme con su fortaleza en esta tarea que me excede absolutamente.

Me han contado, entre tantas, una anécdota emocionante. Terminado hace unos pocos años un programa de televisión, Jaime y uno de nosotros que lo había acompañado, subieron a la micro para volver a sus casas. Cuando nuestro amigo se bajó el chofer comentó en voz alta: “este va para presidente de la República, igual que don Jorge Alessandri”, a lo que un pasajero agregó: “sí, y es igual de austero que don Jorge”.

¿Para dónde iba de verdad Jaime? ¿Qué lo hacía comportarse con esa sobriedad ejemplar? Los cargos nunca fueron su objetivo y cuando llegó a ocuparlos, fue porque vio en esas tareas un lugar específico para servir. Su figuración pública estuvo siempre en función de las necesidades reales de personas concretas, mientras soñaba con un bien general para la universidad primero y después, con el paso de los años, para la juventud chilena toda y la patria completa.

¿Por qué Jaime se aprendía de memoria, en la primera clase, los nombres de sus alumnos? ¿Por qué luego de pocas reuniones conocía hasta los apelativos familiares de nuestras esforzadas pobladoras? ¿Por qué a la primera era capaz de memorizar todos los teléfonos de sus amigos y conocidos? La respuesta es sencilla: porque Jaime tenía un interés real en las personas, comenzando siempre por los más necesitados. Sabía además que los más necesitados son indistintamente pobres o ricos, débiles o aparentemente poderosos. Yo mismo me encuentro entre lo más necesitados por mi falta de fe, y tal vez por eso mismo, Jaime tuvo, perdonen que lo diga, tantos detalles de especial cariño y preocupación conmigo. Soy un vivo testigo de la influencia de Jaime: él supo inculcar en mí, con paciencia infinita, la maravillosa dimensión de Dios en la vida de un hombre.

Pero muy en particular los pobres, el dolor de los más humildes, estremecían su corazón. En 1982 escribía: “hay que destinar una atención preferente a erradicar la extrema pobreza, como un imperativo ético irrenunciable y como uno de los objetivos nacionales prioritarios”. ¡Cuántos supieron encauzar entonces sus vidas de servicio público por esa senda! Y cuántos se han quedado sorprendidos de la extensión y profundidad de nuestra base poblacional, conformada por personas humildes que han visto en el partido fundado por Jaime, un ejemplo consecuente de lucha contra la pobreza que ellos sufren con serenidad.

Jaime nos demostró con su vida, que el error marxista de la lucha de clases puede ser fácilmente derrotado. Que cruza la sociedad una común vocación de paz y entendimiento, que hay que saber canalizar. Que no hay explotadores y explotados, si no chilenos muy necesitados en todos los ambientes, a los que hay que saber ayudar. Y para trabajar con los más necesitados se necesita mucha abnegación.

¿Tuvimos alguna vez la sensación de que Jaime se encerraba a escribir, a preparar un foro o un discurso, a conversar con una persona, para obtener algún beneficio propio? Jamás. Su desprendimiento y su abnegación eran totales. Más bien, todos tuvimos todas muchas veces otra sensación, la de dejarlo solo, de no estar a su altura en el número de horas de su trabajo público, en no llegar a su nivel de entrega diaria. Y a veces, él nos lo dijo con una pregunta: “¿tendré que hacer esa declaración yo?, ¿nadie podría reemplazarme en esa charla?”. Hoy le contestamos rotundamente estas miles de personas que estamos aquí, y los cientos de miles en todo Chile que comparten nuestro ideal: Jaime, ¡no te dejaremos nunca solo!

Pero ciertamente no era sólo en la abnegación que nos superaba largamente a todos. ¿Qué decir de su inteligencia? Algo sorprendente pasaba en esa cabeza extraordinaria. Ahí se daban por igual la capacidad de pensar horas y horas en un problema, encontrando varias soluciones alternativas, y al mismo tiempo se daba la intuición genial de pocos segundos, previsor de situaciones futuras que ninguno de nosotros habría imaginado. Jaime era en la inteligencia corredor de maratón y velocista record.

¿Fue su inteligencia, fue su abnegación o fue su fortaleza lo que lo llevó a transformarse en fundador? Pienso que este último rasgo, su fortaleza, resultó decisivo para que Jaime pusiese tantas primeras piedras, porque cada una le costó muchos sufrimientos e incomprendiones.

Dos son los sentidos en que realizó su tarea fundacional. Primero en instituciones: muchos de los presentes han sido y siguen siendo gremialistas en sus universidades, sindicatos, colegios profesionales y juntas de vecinos. Jaime, allá por 1966, vio el gremialismo y fundó al año siguiente el movimiento que hasta hoy sigue siendo un ejemplo de labor universitaria. Después vendría el Frente Juvenil de Unidad Nacional, la revista Realidad, el grupo Nueva Democracia, el Instituto para una Sociedad Libre, y finalmente, la locura de un movimiento político que al poco tiempo se transformaría en exitoso partido, Unión Demócrata Independiente.

Cada nueva fundación le significaba a Jaime un inmenso esfuerzo organizativo, imaginativo, comunicacional, y ahí estaba Jaime, preocupado del estatuto, del comunicado

de prensa, de corregir un pequeño mal entendido, de encontrar a los primeros dirigentes, en fin, de compaginar unas fundaciones con las otras, cada una en su función y tareas propias, sin mezclar sus objetivos, ni enredar a sus miembros.

Pero hay un segundo sentido de su tarea fundacional. Es la labor personal que realizó en nosotros como personas individuales. ¿Dónde estaríamos hoy si no se hubiese cruzado, digo mal, si no hubiese entrado a fondo en nuestras vidas? En algunos puso los fundamentos de la vida pública, a otros nos conoció ya mayores y procuró ayudarnos a rendir los frutos de la madurez. Con todos hizo una tarea de fina dirección espiritual, y cuando fue necesario, hizo también algo de cirugía mayor por la dureza de nuestros corazones.

¿Qué habría dicho Jaime a sus asesinos si hubiese podido hablar con ellos? ¿Habrían podido resistir cara a cara esos ojos de tanta bondad, esa palabra tan penetrante, ese consejo certero, ese perdón por anticipado, si acaso hubiesen insistido en el propósito terrorista? Bien sabían los asesinos que no podían darle a Jaime la posibilidad de mirarlos, ni de hablarles. Quizás habría fundado también en ellos el comienzo de una nueva vida, de un camino distinto de diálogo y comprensión.

No olvidemos que Jaime sostuvo siempre que la verdadera seguridad nacional debe cuidar muy especialmente el rigor ético de los medios que se empleen para resguardarla.

Por eso la izquierda terrorista lo asesinó, para que su espíritu fundacional no pudiese prolongarse en más y más personas, en más y mejores iniciativas de bien. Búsquese en la segunda mitad del siglo XX en Chile, un fundador de esta categoría y sólo aparecerá el nombre de Jaime Guzmán Errázuriz.

Hagámonos una pregunta final, que sin duda va a acrecentar nuestro dolor, pero avivará también nuestra esperanza: ¿Dónde estaría Chile hoy, si no hubiésemos contado con Jaime en los últimos 25 años? ¿Dónde estará el país dentro de un cuarto de siglo, sabiendo que ya no contamos con él? De lo primero ya se harán cargo los historiadores, de lo segundo nos hemos de responsabilizar todos los que compartimos este ideal. Trabajo, trabajo, trabajo. Principios, principios, principios. Valentía, valentía, valentía. Ese es nuestro triple compromiso con la memoria de Jaime, impresa a fuego en nuestras conciencias.

Mis palabras han sido ya suficientes. Ahora a trabajar por el bien de Chile.

Sabemos que las miles de páginas que se escribirán sobre la vida y obra de Jaime le harán justicia en plenitud. Ahí irá quedando, en una tarea que historiadores y científicos políticos realizarán con asombro, la figura trascendente de Jaime Guzmán Errázuriz.

Nuestros hijos y nietos leerán sobre un presidente Montt, que consolidó a la República gracias a la genial intuición de Portales. Leerán también sobre el presidente Pinochet, que no sólo salvó a la patria de su inminente destrucción, si no que además supo sentar las bases de una institucionalidad democrática estable, en un contexto de progreso económico, gracias a la ayuda inestimable de la débil fortaleza de un joven de 27 años, maduro y valiente como ninguno.

Digamos las cosas como son, el actual gobierno tiene una gran oportunidad histórica para nuestra patria: consolidar la institucionalidad democrática en un país en desarrollo, y esa oportunidad se la debe, al menos en parte, a Jaime Guzmán.

Y si somos fieles al legado de Jaime, ahí estaremos también nosotros colaborando a la grandeza de la patria que lo vio nacer y bajo cuya bandera enlutada lo enterramos hoy.

FIG | Fundación Jaime Guzmán